

ALONSO, Luis Enrique (2009), *Prácticas económicas y economía de las prácticas. Crítica del posmodernismo liberal*, Madrid, Libros de la Catarata.

El texto “Prácticas económicas y economía de las prácticas, crítica del postmodernismo liberal” constituye la última aportación del autor español Luis Enrique Alonso en su sociología de las prácticas económicas.

En los capítulos iniciales del libro se lleva a cabo una crítica de la economía formal y de determinados estudios sobre las dinámicas organizativas. En una segunda parte Alonso repasa las fuentes teóricas que servirán como apoyo a sus argumentaciones, deteniéndose especialmente en Maurice Halbwachs, Pierre Bourdieu y Carlos Moya. Posteriormente el autor se adentra en el análisis de tres fenómenos centrales en una “sociología de las lógicas de acción”: trabajo, consumo y turismo, para terminar con una reflexión teórica y metodológica crítica con las propuestas del pensamiento postmoderno.

Luis Enrique Alonso comienza las páginas de último libro posicionando su perspectiva analítica como la reivindicación de una sociología de las lógicas de acción, una defensa de la necesidad de analizar la realidad desde las prácticas concretas de individuos social e históricamente situados.

A través de esta mirada va a realizar, en los capítulos que sirven como introducción al libro, su crítica a los planteamientos de la retórica postmoderna y de la economía formal. Según Alonso, si la primera ha disuelto el sujeto en favor de la autonomía del texto, la segunda lo ha sobredeterminado con presunciones antropológicas esencialistas sobre el “Homo Oeconomicus”, que funcionan como modelos de legitimación de un sistema al que naturaliza otorgándole la presunción de racionalidad y funcionamiento armónico, y que no dejan espacio para un análisis del poder, la dominación o el conflicto. Desde los planteamientos que Alonso propone, se abre la necesidad de desnaturalizar el modelo de la economía de mercado e insertarlo en el proceso histórico que ha conducido a nuestras sociedades hacia él, entendiéndolo como un modo de organización social contingente y, por supuesto, conflictivo. Por otra parte, se considera fundamental la contextualización, interpretación y problematización de los discursos económicos expertos, potencialmente más eficaces cuanto menos cuestionados.

Alonso utiliza el concepto de Mauss para definir la economía como un “hecho social total”, un entramado de relaciones materiales y simbólicas en las que los sujetos se implican desde posiciones muy diversas en un juego más conflictivo que armonioso.

El ejercicio de sociología crítica que se plantea en estas páginas también conducirá a un análisis del pensamiento organizacional tradicional. El autor parte del rechazo al formalismo que entiende las organizaciones como modelos abstractos en continua evolución y reivindica su estudio como realidades sociales históricas y conflictivas en el seno de las cuales se ponen en marcha diferentes lógicas de acción, apartándose de esta manera tanto de un análisis funcionalista que describiera las organizaciones en términos de campos armónicos como de una perspectiva

estructuralista que explicara su funcionamiento como pura dominación. La aplicación de una “sociología de las lógicas de acción” al estudio organizacional supone la atención al comportamiento del agente, pero no a una explicación de este comportamiento que acuda a abstracciones antropológicas si no a otra que atienda a las razones prácticas y estratégicas del sujeto dentro de marcos objetivos en tensión entre el consenso y el conflicto. Un análisis social de las organizaciones requiere además, según Alonso, de su estudio sociohistórico, porque sólo a través de él se puede llegar a hacer inteligible la génesis de los comportamientos organizativos actuales y por ende desmontar las explicaciones esencialistas sobre la “naturaleza” de la organización. Alonso finaliza sus análisis sobre las dinámicas organizativas advirtiendo sobre la necesidad de no examinar por separado lo cultural y lo material en el ámbito de la organización, pues ambos están sustancialmente imbricados; producción cultural y material se necesitan recíprocamente y la primera es el ámbito de generación de legitimidad de la segunda. En este punto, el autor vuelve a rechazar cualquier análisis de la realidad social alejado de contextos concretos y basado en abstracciones cuando argumenta que una construcción de la cultura organizacional basada en presupuestos universales tiene el efecto ideológico de volatilización del conflicto en su interpretación, e impide, en un plano analítico, la comprensión cabal de la dinámica organizativa.

Tras este primer posicionamiento sobre el modo de analizar los sistemas económicos y organizativos, en la segunda parte del libro se lleva a cabo un repaso de las bases teóricas que servirán posteriormente al autor para el estudio del consumo, el turismo y el ocio.

Alonso empieza recogiendo las aportaciones de Maurice Halbwachs, remarcando su idea de la pertinencia del estudio de la clase social desde el consumo y no exclusivamente desde la producción, es decir, asumiendo la convicción de que los estilos de vida y las pautas de consumo expresan jerarquías sociales.

En este sentido, señala la importancia de la vía abierta por este autor para el análisis empírico de las relaciones entre hábitos de consumo y representaciones compartidas por los miembros de una misma clase social. La conciencia de clase marxiana se convierte en Halbwachs en una combinación de memoria colectiva difusa y representación social de las necesidades compartidas por un grupo, que ayudarían a la conformación de identidades de clase. Si en Marx la clase social vendría definida principalmente por la posición en el sistema de producción, para Halbwachs sus señas de identidad se encontrarían en la propia identificación con un grupo que comparte la representación sobre sus necesidades.

Alonso continúa con algunas de las aportaciones más relevantes para una sociología del consumo: Se detiene en primer lugar en Goblot y su estudio de la burguesía desde los conceptos de “barrera” y “nivel”, después repasa el análisis de las aspiraciones de Chombart de Lauwe y finalmente profundiza en la concepción de Baudrillard del consumo como hecho simbólico y no como mera satisfacción de las necesidades. A la exploración de las ideas de este último autor le sigue la exposición de la reacción crítica del neomarxismo a su explicación semiológica e idealista,

basada en la reivindicación de la necesidad de incluir las relaciones de producción en el análisis.

Posteriormente el autor dedica varias páginas a valorar las aportaciones de Bourdieu relevantes para el tema que le ocupa, deteniéndose especialmente en el concepto de “habitus”. El “habitus” permite explicar los actos de consumo en relación a estructuras objetivas que generan disposiciones individuales socialmente definidas y actualizadas por las oportunidades y obstáculos del momento. El hecho de que esta actualización pueda suponer una acción transformadora cuando se abren nuevas posibilidades estructurales aleja la explicación del determinismo, sin embargo, en Bourdieu el “habitus” tiende a actuar como reproductor de las relaciones sociales establecidas entre clases.

La sociología de Pierre Bourdieu utiliza la situación en los procesos de producción como elemento explicativo de las prácticas de consumo, las cuales no estarían determinadas exclusivamente por elecciones subjetivas si no relacionadas con prácticas de clase e impregnadas de elementos de distinción.

En este repaso por las fuentes teóricas que servirán a su posterior argumentación, Luis Enrique Alonso se detiene en la obra de Carlos Moya, comenzando por la influencia que tuvieron en su sociología las contribuciones del sociólogo norteamericano C. Wright Mills. El autor de “La imaginación sociológica” había rechazado tanto el funcionalismo como el empirismo abstracto, dedicándose a un análisis empírico de la realidad que partiera siempre de modelos teóricos y que pudiera contribuir a la reforma social. La aplicación de su sociología empírica al estudio de las élites estadounidenses le llevó a un análisis concreto e históricamente situado de las posiciones de poder institucionales en su país, alejado de cualquier concepción que entendiera las esferas de poder como un reflejo mecánico de la estructura de clases económicas. Carlos Moya llevaría a cabo una reformulación de las ideas de Mills, combinando la idea de dominación con la de explotación para proponer su explicación sobre la articulación entre estructuras de poder político y económico, y al mismo tiempo aplicaría la investigación empírica al contexto español generando una descripción de la construcción histórica de las élites políticas y económicas del franquismo.

Alonso rescata de la obra de Carlos Moya otra idea que comparte y que es recurrente a lo largo de todo el texto, la reivindicación de una ciencia social con agentes, una sociología como “ciencia de la historicidad radical del sujeto social”, frente a las teorías que han disuelto al actor en las estructuras, ya sean éstas económicas o lingüísticas.

Tras esta disertación sobre las orientaciones teóricas que servirán como base a sus argumentaciones, el autor entra de lleno en el análisis de trabajo, consumo y ocio, consideradas aquí “hechos sociales totales”, porque “combinan lo económico, lo simbólico y lo relacional”

En el primer capítulo de esta segunda parte del libro Alonso expone una historia de los modelos productivos y sus implicaciones para el trabajo y la ciudadanía desde finales de la segunda guerra mundial hasta nuestros días. Para ello comienza con un análisis exhaustivo sobre el modelo keynesiano fordista y su relación con la

creación de una ciudadanía laboral. Este sistema, que se había consolidado a mediados del siglo XX pero que venía gestándose desde la crisis de finales del siglo XIX, había colocado al trabajo en el centro de la cuestión social y lo había separado por primera vez de la pobreza para que alcanzara su reconocimiento como sustento de la economía nacional. El modelo de empresa asociado al fordismo generaba estabilidad en la vida laboral en función de la estabilidad de los mercados de productos, productos estandarizados, asequibles para el gran público y diseñados en función de los gustos y estilos de vida de la clase media. El pacto keynesiano se basaba en un estado intervencionista que si bien no cuestionaba la legitimidad y funcionamiento del sistema provocaba efectos redistributivos, que, aunque parcialmente, corregían los costes sociales de la economía de mercado. Lo verdaderamente interesante de este análisis propuesto por Alonso es la constatación del modelo de trabajo y ciudadanía asociado al sistema keynesiano fordista. “Los ciclos biográficos de trabajo” tomaban la forma de una historia laboral como una totalidad coherente, en la que se dibujaba típicamente una línea de progreso en cuanto a salarios y condiciones dentro de una misma empresa o, al menos, sobre un único sector de actividad.

El modelo de ciudadanía se construía en torno al trabajo, la nacionalidad y la masculinidad, pues eran los hombres nacionales en cuanto que trabajadores quienes ostentaban la propiedad de los derechos que daba acceso a la condición de ciudadano. Estos derechos ya no estaban basados en la propiedad, pero dejaban fuera de su alcance a los grupos sin un lugar central en el mundo del trabajo, así como a las mujeres y a los extranjeros. La ciudadanía laboral funcionaba, según Alonso, como un “imaginario social” que generaba además de normas formales, todo un conjunto de metáforas a través de las cuales la sociedad era entendida como la combinación de “la producción nacional normalizada y la reproducción familiar patriarcal”.

Alonso continúa explicando como la crisis de los años setenta puso en cuestionamiento la capacidad del Estado para conciliar la racionalidad del mercado y la racionalidad de la cohesión social, la demanda redistributiva en aumento y la aspiración capitalista al crecimiento constante de la ganancia. La crisis provocó el aumento de las tasas de desempleo y el impulso hacia la desregulación del empleo, entendida como una flexibilidad defensiva hasta recuperar los niveles esperados de tasa de ganancia. Sin embargo, la nueva política de flexibilidad terminó convirtiéndose en norma. Se estaba configurando el nuevo modo de regulación posfordista en un contexto de liberalización y globalización de la economía, en el que el estado demercantilizador keynesiano, declarado un obstáculo para la competitividad de las naciones invertía sus funciones para convertirse en un ente remercantilizador. La crisis del empleo postfordista se pone de manifiesto en la sustitución de la trayectoria laboral continua y coherente por la fragmentación y multiplicación de recorridos laborales y por el aumento espectacular de empleos atípicos generados por el nuevo modelo de producción en red que requiere de la adaptabilidad en el menor tiempo posible a las exigencias de los mercados descentralizados. Por lo tanto, según lo expresa Alonso, el giro hacia el posfordismo supone el tránsito desde la “mano visible” hacia la “empresa flexible”, que desregula el empleo como modo de abara-

tar la producción y de dar respuesta a las exigencias de adaptación continua al cambio. La tendencia a la disolución de la relación entre crecimiento económico y creación de empleo estable se ve potenciada por una política de empleo que asume las exigencias de movilidad de mano de obra del mercado en forma de abaratamiento de los costes de despido. Y son los grupos sociales más vulnerables, especialmente los inmigrantes, los más expuestos a estos nuevos avatares del mercado de trabajo y quienes acumulan los costes de esta desregulación.

El postfordismo, como bien explica Alonso en este capítulo, no supone un cambio exclusivamente relativo al funcionamiento del sistema productivo, si no que ha generado una nueva ideología que sustituye el sistema de welfare state por el workfare state, donde la exigencia de adaptabilidad de la mano de obra al riesgo naturalizado implica la responsabilización de cada sujeto con respecto a su trayectoria laboral. Son los propios individuos los que deberían según esta nueva normatividad hacerse cargo de su vida laboral creando capacidad de movilidad y adaptación a las exigencias de un sistema que no se problematiza. Por eso las políticas de protección a través de subsidios, consideradas políticas “pasivas” deberían según este nuevo credo sustituirse por políticas de activación, para que sean los propios trabajadores quienes “tomen las riendas” y se conviertan en sujetos atractivos para el mercado laboral y sus nuevas exigencias.

Luis Enrique Alonso concluye su capítulo sobre las transformaciones en el mercado de trabajo proponiendo una reflexión sobre las potencialidades de la flexibilidad tecnológica en la creación de empleo y sobre la necesidad para una verdadera economía moderna de la incorporación de criterios de eficacia social y política y no exclusivamente mercantiles, ya que esta eficacia social, dice, citando a Amartya Sen “es un bien organizativo más que genera riqueza y bienestar”.

Tras su repaso por los modelos de ciudadanía y de trabajo derivados del fordismo y postfordismo, el autor va a analizar las dinámicas contemporáneas de consumo en relación precisamente a los cambios introducidos por la transición de un modelo productivo a otro.

En una primera reflexión Alonso analiza la influencia de la globalización en las pautas de consumo, manifestando su rechazo hacia una visión unívoca que atribuya a la mundialización un correlato automático de homogeneización y argumentando, por el contrario, su efecto diferenciador en los estilos de vida. Esta diferenciación se pondría de manifiesto a nivel macro en la división de los países integrados y los “desenganchados” de la globalización y a nivel micro entre grupos sociales cualificados y cosmopolitas y grupos excluidos o con condiciones de vida y trabajo más precarizadas.

Posteriormente, el texto entra de lleno en el análisis de las consecuencias para las pautas de consumo del modelo fordista y postfordista de producción.

Si el modo de producción fordista había inundado el mercado de productos estandarizados inspirados en el imaginario social de la clase media nacional, con el postfordismo y la globalización asistimos a la producción adaptada a las dinámicas de mercados internacionales. La producción en masa deja su espacio a la “especialización flexible”, basada en la adaptación de la oferta a nichos específicos de de-

manda. Esta estrategia, según Alonso, presupone a la vez que potencia la transformación periódica de la demanda, y es de esta dinámica de la que extrae su rentabilidad, siempre que asuma la norma de la flexibilidad durante el proceso productivo. Tecnología y mano de obra flexible son por lo tanto prerequisites para la competitividad.

La especialización flexible de la oferta es considerada necesaria porque los “relatos del consumo posfordista” se caracterizan por el consumo creciente de productos con una fuerte carga simbólica que intervienen en la construcción o refuerzo de las identidades, cada vez más fragmentadas en las sociedades contemporáneas. La empresa rentable debe ser capaz, en medio de esta fragmentación, de identificar nichos de mercado particulares y ofrecerles el valor simbólico que demandan en el producto. En este sentido, Alonso señala que la inversión en imagen y significación plantea la necesidad de entender el consumo no exclusivamente como una actividad económica si no también como un fenómeno cultural.

En este contexto aparecen “estilos de vida y consumo distintivos”, típicamente cosmopolitas entre los grupos con más capital cultural económico y social, separados de los modos de consumo más homogeneizados de la clase media nacional.

Tras exponer estos planteamientos Luis Enrique Alonso subraya la necesidad de llevar a cabo una reflexión sobre el consumo como “práctica ciudadana global” y sobre sus posibles instituciones reguladoras. Considera la educación fundamental para evitar que el consumo convertido en centro de la sociedad degrade las formas de solidaridad, pues, de nuevo siguiendo a Amartya Sen, entiende que el consumo podría ponerse al servicio del desarrollo de las capacidades humanas.

Una de las formas de consumo que de una manera más clara pone de manifiesto las transformaciones que ha traído consigo la era postfordista es el relativo al turismo. Alonso dedica un capítulo a analizar las dinámicas de cambio en cuanto al fenómeno turístico en las llamadas sociedades postmodernas.

El análisis parte de la explicación de cómo el taylorismo y el fordismo habían llevado a cabo una regulación de los tiempos tanto en el interior del proceso productivo como en el exterior, programando jornadas laborales y periodos de descanso. El turismo se incrustaba en estos tiempos de ocio programados. La producción de la oferta turística, como del resto de productos en el fordismo, se llevaba a cabo de una manera estandarizada y para un público de masas típicamente de clase media. El viaje turístico deja de tener la connotación de aventura y misterio que lo envolvía cuando solo estaba al alcance de los estratos aristocráticos. Ahora el turismo es creador de “no-lugares”: hoteles, aeropuertos, infraestructuras desconectadas de lo local profanan los lugares más deseados en el imaginario de ese turismo de masas.

Las transformaciones en el fenómeno del turismo que se producen a partir de los años 80 y se radicalizan a comienzos del siglo XXI pasan por la ya mencionada fragmentación de los estilos de vida. El consumo se convierte en un eje fundamental de la autorrepresentación y de la construcción reflexiva de la identidad. El viaje típico de la sociedad de masas deja paso a una multiplicidad de otras formas de hacer turismo con un fuerte componente simbólico. La producción se adapta a estas

dinámicas generando ofertas cada vez más personalizadas y en las que el consumidor puede intervenir activamente en la creación de su propio viaje.

En el análisis de Luis Enrique Alonso estas transformaciones en el turismo ponen de manifiesto el cambio cualitativo producido en los objetos y significados del consumo a principios del siglo XX. Como el resto de objetos, el turismo está cada vez más semiotizado, más cargado simbólicamente y tanto su demanda (que busca la diferenciación) como su oferta (que persigue esa diferenciación dirigiéndose a nichos específicos), nos hablan de esta transformación surgida en el tránsito del fordismo al postfordismo.

Alonso utiliza las últimas páginas de este texto para realizar una reflexión crítica sobre las implicaciones teóricas y metodológicas de las últimas aportaciones del pensamiento postmoderno. A nuestro autor le interesa especialmente desvelar las consecuencias que determinadas concepciones postestructuralistas tienen para la práctica de la investigación sociológica cualitativa. Su crítica se dirige fundamentalmente hacia el deconstruccionismo derridiano, al que considera culpable de eliminar del análisis la dimensión social e histórica de los fenómenos en favor del texto.

Alonso lleva a cabo en estas líneas una reivindicación de la sociología cuando argumenta que la respuesta al esencialismo antropológico y a la pretensión de verdad absoluta de determinadas teorías no debe llevarse a cabo desde la “razón textual” si no desde la “razón social”. En lugar de negar cualquier significado en el texto para atender exclusivamente al significante, el autor considera necesario un análisis contextual, que atienda a las condiciones sociales tanto de productores como de receptores del texto para poder llevar a cabo explicaciones plausibles, en lugar de negar toda explicación.

Si hay una idea recurrente a lo largo de las páginas de “Prácticas económicas y economía de las prácticas, crítica del postmodernismo liberal” esa es la reivindicación de una sociología que no deje fuera de sus análisis al agente. Pero este agente, Alonso se encarga de reiterar, no debe considerarse una abstracción antropológica basada en fundamentos sobre la naturaleza humana, si no un actor situado en su contexto. Sólo a través del análisis sociohistórico de las formaciones sociales y los actores implicados en ellas se pueden llevar a cabo estudios que sirvan como explicaciones plausibles, aunque no definitivas, de la realidad social. Aunque al libro parece faltarle en algunos momentos una línea argumentativa clara que hile cada capítulo con el posterior, en cada uno de ellos encontramos análisis brillantes de los fenómenos más relevantes para la sociología económica. Las explicaciones de Alonso sobre el trabajo, el consumo o el turismo constituyen análisis minuciosos y sutiles que arrojan luz sobre las transformaciones ocurridas en las sociedades contemporáneas en las últimas décadas. Si bien estos cambios se analizan con referencia al tránsito desde el modo de producción fordista al postfordista, no encontramos en su explicación un determinismo economicista que base la explicación de cada fenómeno en el modo de producción de la oferta, ya que las lógicas de acción de los sujetos son en las argumentaciones de Alonso un factor de configuración de estos procesos económicos.

Reseñas

Probablemente la aportación más interesante del texto de Luis Enrique Alonso es su posición teórica y metodológica como la convicción de la necesidad de una ciencia social crítica que busque esclarecer acciones situadas y no se abandone al nihilismo y al escepticismo posmodernos, una sociología comprensiva que ayude a encontrar el sentido de la acción social en su entorno sociohistórico significativo.

Concepción CASTRILLO BUSTAMANTE
castrillobust@hotmail.com
castrillobust@gmail.com